

ALGORITMOS SIN RECREO

Autores: Donati Micaela y Cortiña Valeria

A partir de nuestras experiencias en instituciones educativas, nos surgió una pregunta que orienta este trabajo: **¿qué transformaciones en la subjetividad de los alumnos se producen a partir de la incorporación de lógicas algorítmicas y de masificación en las prácticas docentes e institucionales?**

Partimos de la hipótesis de que la incorporación de estas lógicas puede introducir modos de homogeneización que tensionan la singularidad del sujeto e incidir en su relación con el aprendizaje, el deseo y el lazo social.

En el campo educativo, es esperable que, frente a los distintos emergentes, muchos docentes experimenten una sensación de falta de recursos. Esto puede llevarlos a responder desde lógicas de clasificación, muchas veces retroalimentadas por el algoritmo, recurriendo a criterios diagnósticos aplicados de manera descontextualizada o a sistemas de evaluación automatizada.

En este sentido, Vasen, nombra a los algoritmos como **“los nuevos arquitectos de la subjetividad”**. Los considera capaces de diseñar aquello que creemos desear, organizar nuestros modos de vincularnos e incluso orientar nuestros pensamientos, mientras creemos estar eligiendo.

Frente a esto, proponemos alojar tanto a los alumnos como a los docentes en la situación escolar e intervenir considerando sus singularidades y subjetividades desde una perspectiva psicoanalítica.

Desde el psicoanálisis sabemos que toda constitución subjetiva implica una violencia estructurante: el niño es nombrado, significado e interpretado por el Otro. Pero cuando esa interpretación se presenta como fija e incuestionable, puede devenir opresiva. Esto es lo que Aulagnier denomina **violencia secundaria**.

Podemos pensar entonces que, cuando el algoritmo es percibido como neutral, objetivo e incuestionable, su repetición puede sustituir la responsabilidad interpretativa del adulto y ejercer, de este modo, una forma de violencia secundaria. La interpretación deja así de ser un acto ético y situado para transformarse en la aplicación automática de categorías.

Frente a esto, Beatriz Janin, plantea el diagnóstico como una herramienta de orientación para el profesional. El diagnóstico no define al sujeto, sino que orienta la escucha y la modalidad de intervención. La etiqueta, en cambio, cristaliza y reduce al niño a un significante que lo nombra.

Por lo tanto, cuando la escuela incorpora categorías diagnósticas como identidades, el niño puede quedar reducido a ese diagnóstico. La nominación pierde entonces su carácter clínico y se transforma en identidad.

Desde una perspectiva ética y despatologizante, nos resulta necesario sostener que una conducta no es, en sí misma, patológica. Adquiere sentido dentro de un entramado vincular, histórico y subjetivo.

Del mismo modo, la constitución subjetiva no responde linealmente a la edad biológica. Hablamos de **tiempos lógicos y no meramente cronológicos**.

La lógica algorítmica, en cambio, suele sostener una premisa implícita: **“a tal edad, tal conducta”**. Y cuando un niño no se ajusta a esa secuencia, puede activarse rápidamente la sospecha de un déficit y comenzar la búsqueda de una etiqueta que permita nombrarlo.

En este sentido las conversaciones cotidianas, atravesadas por el uso de teléfonos y redes sociales, son mediadas por el algoritmo que responde inundándonos de información y recomendaciones. El problema radica en que ese algoritmo nada sabe de lo que le ocurre a Pedro, ni de la singularidad de sus tiempos.

Si entendemos que el sujeto se constituye en tramas intersubjetivas, habitar la escuela resulta una experiencia especialmente valiosa durante la infancia. El discurso docente, las expectativas institucionales, las nominaciones, las miradas y los modos de intervención producen efectos de inscripción en la subjetividad.

Cuando la institución responde desde una lógica algorítmica, podemos observar una reducción de la singularidad a categorías cerradas.

En cambio, proponemos pensar una **intervención artesanal**, capaz de considerar los tiempos singulares de cada infancia y el contexto en el que esa infancia se desarrolla, sosteniendo la pregunta desde un lugar de no saber.

Esto no implica improvisar. Implica reconocer que **no hay piezas seriadas en la subjetividad**.

Cuestionar la lógica algorítmica no significa rechazar los avances científicos ni desconocer la existencia de padecimientos reales. Significa no ceder frente al aparente alivio que produce una clasificación rápida.

En palabras de Skliar y Larrosa, ninguna vida debe ni puede ser escrita de antemano. Somos, **“artesanos de recomienzos”**.

Para finalizar, **“Algoritmos sin recreo”** es una forma de nombrar ciertas modalidades de funcionamiento de los discursos que hoy inundan las pantallas y las redes sociales: discursos que se imponen simulando una verdad que muchas veces queda poco cuestionada.

En la época de la posverdad, observamos cómo determinados argumentos pueden adquirir valor de verdad por su impacto y repetición, incidiendo en el desarrollo singular de la infancia y funcionando, incluso, a modo de una profecía autocumplida.

Si pensamos al ciudadano digital como alguien dispuesto, en palabras de Morduchowicz, a **“revisar su propia posición, tomar decisiones y actuar por el bien común”**, nos encontramos también con una responsabilidad: como usuarios de la tecnología y como profesionales de la salud y de la educación, debemos poder cuestionar y evitar la reproducción automática de estas lógicas.

Sostener la pregunta por el sujeto allí donde el algoritmo ofrece respuestas inmediatas constituye, hoy, una posición ética imprescindible.

Porque allí donde el algoritmo clasifica, podemos abrir una pregunta.

Allí donde ofrece una respuesta cerrada, podemos habilitar la escucha.

Y allí donde pretende anticipar quién será ese niño, podemos ofrecerle tiempo para devenir.

Quizás de eso se trate, finalmente, de **darle un recreo al algoritmo para devolverle tiempo a la infancia.**